

Pregón de Fiestas 2016

¡Buenas noches a todos!

Gracias por vuestra presencia en esta Plaza Mayor.

Es para mí un gran honor y un regalo de Dios y de la vida poder estar aquí esta noche con vosotros pregonando estas fiestas de 2016 en honor a nuestro patrón El Santo Niño. Muchas gracias por brindarme esta oportunidad y concederme este privilegio.

Expresar los sentimientos no es tarea fácil, porque a veces las palabras no llegan. Se quedan cortas.

Esta noche es muy especial para mí. Se entremezclan nervios, emociones, sentimientos, nostalgias, recuerdos...

En cierta ocasión le preguntaron a nuestro querido y malogrado Federico García Lorca que para qué escribía. Sin dudarlo un segundo, contestó que para que la gente le quisiera. A todos, nos halaga sentirnos queridos y apreciados.

Aprovecho esta ocasión para daros las gracias por lo bien que me habéis acogido y por el buen trato que me dais. Empezaré diciendo que soy hijo de Juan Manuel, vecino de Dosbarrios, y de Rosario, nacida aquí en La Guardia, hija de Víctor y Carmen y hermana de Juanito y de Manolo.

Preparando mi discurso, he hecho un repaso de mi vida y me ha invadido la nostalgia. Y es que, a medida que nos vamos haciendo mayores, vamos acumulando más y más recuerdos; y siempre es gratificante abrir nuestro baúl particular y volverlos a sacar a la luz. Recordando..., volvemos a sentir..., a gozar..., ¡A vivir!

¡Cómo pasa el tiempo! Cierro los ojos y me veo con mi madre y mis hermanos Salvador y Ramón en la casa de mis abuelos, en la calle Indiano. Todos los años, veníamos unos días a las Fiestas. ¡Cuánto disfrutaba mi madre reencontrándose con sus amigas de siempre y con otras muchas personas que hacía tiempo que no las veía!

Yo, de pequeño era muy travieso y no paraba de hacer trastadas. Recuerdo, que algunas veces madrugábamos para hacer picias porque el día se nos quedaba corto.

Un día, mi abuelo, cabreado, nos dijo que no volviésemos por aquí hasta que no tuviésemos el servicio militar cumplido. No me extraña que perdiera la paciencia. Aquel día, quise coger una armónica que dejó mi madre encima del aparador de mi abuela. Cuando estaba arriba, mi hermano Salvador me quitó la silla y se me cayó todo encima. Se rompieron todas las tazas y platos buenos de cuando se casaron. Yo sacaba la cabeza por una ventanita del armario. ¡Qué susto se llevó mi abuela! Muy nervioso, fui corriendo a casa de mi tío Juanito a ver si tenía pegamento para arreglar todo aquello. Cuando llegó y lo vio, dijo: ¡Pero qué vamos a pegar aquí! Con una pala recogimos los trozos en un saco y los tiramos.

Parece que estoy viendo la casa... Aquellos interruptores de porcelana con su palito de madera. El retrete, que consistía en una tabla con un agujero en medio, y en la pared, unos cuantos recortes de periódico colgados en un gancho. En la cámara, una gallina clueca incubando sus huevos en una espuerta con paja. Tenían una tinaja llena de agua, con su tapa, y un palanganero con su espejo para asearse. No malgastábamos nada de agua. Nos decían que había que “panearla”.

Para nuestros mayores, la vida no fue fácil. Tuvieron que sacar adelante a su familia a base de sacrificios y coraje. Ellos sí que tenían imaginación y creatividad. La necesidad les agudizaba el ingenio. Sabían mucho de economía, y eso que no habían estudiado esa asignatura. Les enseñaba la mejor maestra..., ¡ la vida!

Lo que somos, lo que tenemos, se lo debemos a ellos.

Hace tiempo, leí el discurso que José Saramago pronunció cuando le otorgaron el Premio Nobel de Literatura; y me conmovió cuando contaba: ***“Que la persona más sabia que había conocido no sabía leer ni escribir. Se refería a su abuelo Jerónimo. Un hombre, que en las noches de verano, tumbado debajo de una higuera, le contaba historias, y que apenas con dos palabras,***

era capaz de poner el Universo en movimiento. Un hombre, que a pesar de estar todos los días con los cerdos, trabajando duro y pasando todo tipo de penalidades, le confesaba que el mundo era maravilloso y que le daba mucha pena de morir. Y cuando sintió que la muerte venía a buscarlo se despidió de los árboles de su huerto uno por uno. Abrazándolos y llorando porque sabía que no los volvería a ver nunca más”.

Todo, sigue su curso..., nos hacemos mayores y poco a poco nos vamos pareciendo más y más a nuestros padres. Echamos la vista atrás y nos damos cuenta de que hemos conocido a muchas personas que nos han dejado ya. Se nos van yendo los seres queridos. Y siempre nos queda la sensación de que algo nuestro se va con ellos.

Y la vida sigue..., los niños y las niñas se hacen hombres y mujeres. Y el ciclo se repite, y el pueblo, como un ente vivo, va cambiando también. Nosotros vivimos en él, y él vive en nosotros. Comparo al pueblo con un gran árbol. Las personas, somos como sus hojas; cuando acaba su ciclo, se renuevan, caen al suelo y nutren a las raíces, que a su vez, mandan el alimento a las nuevas hojas. Compartimos el mismo tronco, las mismas raíces, la misma savia, la misma luz, el mismo aire. Todo está conectado. Todo tiene su continuación.

Aunque faltemos, la vida no se detiene. Llega su tiempo y los almendros se cubren de flor, regresan las golondrinas, la primavera lo vuelve a inundar todo de vida. Pasa el verano, luego llegan las Fiestas, después la Navidad. Suenan las doce campanadas y comienza otro año nuevo. Se van pasando los años y este gran teatro, que es el mundo, sigue implacable su guión. Cambiamos los actores, cambia el escenario, la parafernalia. Pero la esencia de la obra es la misma. ¡El gran teatro del mundo! donde cada uno de nosotros, representamos día a día el papel de nuestra vida.

Pasarán muchos años, y un día como hoy, esta Plaza Mayor estará llena de otras gentes, otros seres, que sin duda alguna, llevarán algo nuestro. Nuevas personas, que vivirán otros sueños,

que soñarán otras vidas. Pero igual que siempre, como todos los años, como todas las Fiestas, seguirán gritando el mismo ¡Viva!

Recuerdo de pequeño, aquellos kioscos de tiro, aquellas barcas en las que nos columpiábamos, el turrón de guirlache, los bizcochos borrachos, las pastas de almendra de Juanito Novillo, hoy en la Montera. Ese olor a gambas recién cocidas. Aquellos boquerones caseros con sus aceitunas encima, que nos servían en unos platitos blancos con forma de barquita. Y como no, la banda de música. ¿Qué sería de las fiestas sin la música? A mí me gustaba siempre ir al lado del que tocaba la caja.

¡Qué tiempos aquellos! Llegábamos de la escuela, dejábamos la cartera y nuestras madres nos daban un trozo de pan y dos onzas de chocolate ¡Y nos íbamos jugar!

Bendita infancia, edad dorada, sin preocupaciones. No tenemos conciencia de la muerte. Es la época, donde recibimos todo por primera vez... enseñanzas, creencias, hábitos..., Todo eso nos marcará para siempre. Bendita mirada la de los niños. Todo es nuevo. Todo es mágico. No se me olvidará nunca la primera vez que vi el cine en color. Aquellos rayos que salían de una ventanita, que se iban separando y haciendo más y más grandes y se proyectaban en una pantalla. ¡Qué colores, qué bonito, qué magia! No deberíamos nunca perder esa inocencia, esa curiosidad, esa mirada. Miguel Hernández en sus nanas de la cebolla, lo escribió así: ***“Desperté de ser niño..., nunca despiertes”***.

Empezamos siendo niños y acabamos igual. La vida es como un libro donde vamos escribiendo día tras día nuestra propia biografía. Y cuando estamos en una página, no tenemos ni la menor idea de lo que vamos a escribir y nos vamos a encontrar en la página siguiente. Y no siempre nos salen las cosas como nosotros queremos. Si supiéramos como nos iba a ir sucediendo todo, la vida perdería su atractivo. Resultaría aburrida. La vida es impredecible, una montaña rusa de sensaciones, con subidas y bajadas de vértigo, una auténtica caja de sorpresas. Y Todo, puede suceder. Me viene a la mente, Nelson Mandela. Después de pasar veintisiete

años preso en una cárcel en su país, luego fue el presidente del Gobierno.

La vida..., con su cara y su cruz, sus alegrías y sus penas. Y es en las rachas malas cuando nos damos cuenta de la clase de personas que tenemos a nuestro alrededor. Aprovecho esta ocasión para dar las gracias a mi mujer, a mis hijos, a mi familia, a mis amigos y a tantas y tantas personas por lo bien que se han portado conmigo. ¿Cuánto vale la familia? ¿Cuánto valen los amigos? ¿Y cuánto vale la salud? Son cosas que no tienen precio. Y es que, la mayoría de las cosas importantes de la vida, no se pueden comprar con dinero.

Decía Jhon Lennon que ***“la vida es eso que nos va sucediendo mientras nosotros estamos ocupados haciendo otros planes”***. Y que cierto es, muchas veces nos olvidamos de lo más importante, que no es otra cosa, que vivir. Se pasa un mes, arrancamos la hoja del calendario, la arrugamos y la tiramos. Y ese mes, ya no vuelve nunca más. Se nos pasa la vida casi sin enterarnos. Sin darnos cuenta de que cada latido de nuestra existencia, es nuevo, único, mágico, irrepetible.

Hace apenas un mes, salían en televisión unas imágenes de un pueblecito italiano. Decía uno de sus vecinos, que lo que era un paraíso, en cuestión de minutos, después de sufrir un terremoto, se había convertido en un infierno. A veces, la vida es cruel, brutal, ilógica, inexplicable. Pero también, otras veces, es hermosa, mágica, maravillosa. Sin la enfermedad no apreciaríamos el valor de la salud. Sin la noche no sabríamos lo que es el día. Si no existiese la muerte, no apreciaríamos tanto la vida.

Se pasa uno la vida, de aprendiz de maestro dando alguna lección y al final, te das cuenta de que es la vida, la gran maestra. Las lecciones de vida, son las que más huella nos dejan. Hacen que te replantees todo de nuevo y que veas con claridad qué es lo que de verdad importa. Hay experiencias que nos marcan para siempre y ya no volvemos a ser los mismos. A partir de entonces, valoras y aprecias mucho más lo que tienes. En vez de celebrar los cumpleaños, empiezas a celebrar los cumplidías. Disfrutas más de

las pequeñas cosas. Todo te parece más bonito. Todo tiene otro color. Todo adquiere otro sentido. La música de la vida, suena mejor.

La vida, es muy diferente a la escuela. En la escuela, primero te aprendes la lección y luego te ponen la prueba. En la vida, es justo al contrario, primero te ponen la prueba y luego aprendes la lección. Y es que, nos pueden explicar con todo lujo de detalles cómo es un dolor de muelas o cómo es un cólico de riñón. Pero hasta que no te pasa a ti, hasta que no te ocurre a ti, no enteras de verdad en qué consiste.

¿Quién me iba a decir a mí que me casaría y pasaría los mejores años de mi vida aquí en La Guardia? Recuerdo, que al principio de nuestro noviazgo, pasábamos muchos ratos en casa de Esperancita en la Calle Valentín Escobar. Nos recibía con los brazos abiertos. Siempre le estaré agradecido por lo bien que se ha portado conmigo desde el principio.

Echo la vista atrás y me acuerdo de mis años de teatro en La Pasión; de mis partidas de mus en el Mesón, y en casa Pepe, con sus consabidas polémicas; de aquellas noches de verano, sentados al fresco con mis vecinos de la Calle Tambores y Cercas del Cura. ¡Qué buenos ratos hemos pasado! ¡Cuánto hemos reído! ¡Y cuántos vecinos nos faltan ya! Mi más emocionado recuerdo para todos ellos y para todas las demás personas que ya no están con nosotros.

¡Cuántos recuerdos, cuántas anécdotas de mis compañeros y alumnos! De mi paso por los colegios de Riobobos, Valencia de Alcántara, Cuacos de Yuste, El Gordo, en Cáceres; y Villanueva de Bogas, Lillo, Dosbarrios y La Guardia. De mis años de despacho con José Manuel, Juli y Mari. De los padres y madres del Consejo Escolar y de la A.M.P.A.

¡Y qué satisfacción, qué orgullo cuando vemos a nuestros alumnos crecer y convertirse en hombres y mujeres de bien!

Nunca se me olvidará aquella visita de mis alumnos de Dosbarrios y de La Guardia a mi casa días antes de operarme.

Ojalá todas las personas trabajasen en algo con lo que se sintiesen realizados. Yo he tenido esa enorme suerte. Enseñar, es apasionante. Inculcarle al alumno a ser buena persona. Hacerle ver que es alguien especial, hacer que se sienta orgulloso de sí mismo, ayudarle a que descubra quien quiere llegar a ser y procurarle y proporcionarle los medios para que lo sea.

La cultura, la educación, el saber, son los pilares fundamentales de cualquier sociedad. ¡Qué grande es el saber!, saber decir sí, saber decir no, saber entender las palabras, saber comprender los silencios, saber hablar, saber callar, saber perder, saber ganar, ¡Saber vivir!

Toda nuestra vida nos la pasamos aprendiendo. Se puede aprender de todos y de todo. Y siempre, debemos estar muy atentos, porque a cualquier hora, y en cualquier rincón, siempre hay una lección esperando que alguien la aprenda. Me viene a la mente una higuera que hay en la pared de la Iglesia que da a la Biblioteca y al Hogar de los Mayores. Hace años que la vengo observando. Sus ramas salen de entre las piedras y sus raíces se cuelan por ellas. Nadie la plantó. Nadie la riega. Nadie la cuida. Aquel verano de 2003 que parecía que no iba a acabar nunca, me pregunté si sería capaz de soportarlo. Y ya lo creó que aguantó. Y ahí la tenemos. Agarrada, aferrada a la vida. Sin rendirse. Ella es toda una lección.

Una palabra que quiero pronunciar hoy aquí es la palabra Gracias. Gracias a Dios, al cielo, al Santo Niño, a la vida, a los avances de la medicina, a los médicos, a los cirujanos, a los donantes y a todas las personas que trabajan por hacernos la vida mejor. Gracias, muchas gracias.

Recuerdo..., una tarde de pequeño, a la salida de la escuela, que nos dieron a cada niño un terrón de azúcar al que habían añadido una gota de color rosa. Ese simple terrón, nos libraba de contraer la poliomielitis. El año anterior varios niños contrajeron la enfermedad y les dejó secuelas para toda la vida. La vacuna les llegó tarde.

Resulta paradójico. Nos pasamos la vida buscando milagros y no nos damos cuenta de que los tenemos todos los días, al alcance de nuestros ojos. Nosotros, nuestros hijos, nuestros nietos, la naturaleza entera. Todo es un magnífico y grandioso milagro. El simple hecho de existir uno, hace que exista todo.

Hace tiempo, me hizo mucha ilusión, oír decir a Emilio Lledó, que si volviese a nacer le gustaría ser “maestro de escuela” para enseñar a los niños a ¡mirar! Y es que, hay dos clases de ceguera: la de los ojos y la del alma. Resulta fascinante, saber mirar y captar la belleza oculta y la esencia última de las cosas. ¡Mirar con el alma! Ya lo dijo el Principito: **“Lo esencial es invisible a los ojos, sólo se ve bien con el corazón”**.

El año pasado estuve en Sevilla con unos amigos y hablando sobre la letra de la canción que dice que Sevilla tiene un color especial, les comentaba que somos nosotros, cada uno de nosotros los que ponemos color a las cosas, según la forma con que las miramos. Y es que, como escribió Marcel Proust: **“El verdadero acto de descubrimiento no consiste en encontrar nuevas tierras, sino en aprender a verlas con nuevos ojos”**.

Hoy también quiero pregonar aquí, que vienen nuevos tiempos. Ojalá sean tiempos de consenso, de tolerancia, de respeto, y de tratar de entendernos, dejando a un lado los rencores, las envidias, las zancadillas.

Nos ha tocado vivir una época fascinante. Nunca en la historia ha habido tantos cambios, tan profundos y tan rápidos como ahora. Cuando contemplo las fotos de los niños y niñas del Programa de Fiestas, me pregunto: ¿Cómo será el mundo y la vida que les tocará vivir?... Les deseo de todo corazón un mundo mejor y que tengan una vida plena y feliz. Me viene a la cabeza una pintada que se encontraron hace años en una pared, que decía: **“Cuando teníamos todas las respuestas, nos cambiaron las preguntas”**. Y es que, lo que sirve para hoy no tiene porque valer para mañana”. Necesitamos mucha imaginación y creatividad para poder adaptarnos a los rápidos y continuos cambios, que sin duda alguna irán surgiendo.

Me preocupa el desempleo. Sobre todo en los jóvenes. Son los que tienen que encaminar su vida. Muchos, se ven obligados a marcharse. A veces, al extranjero. Ojalá algún día veamos instaladas algunas industrias que den trabajo a muchas personas.

Ha sido en estos años, cuando la crisis ha golpeado duro, donde hemos podido comprobar lo que vale la familia.

Esta noche, no me puedo olvidar de los que estáis pasándolo mal. Os mando un abrazo y mi deseo de que se solucionen pronto vuestros problemas.

Hoy también, quiero dirigirme a vosotros, los más jóvenes para deciros que os divertáis sanamente, que la vida tal como es, es preciosa. No necesitamos recurrir a ningún tipo de realidad virtual, con la realidad real ya tenemos bastante.

No os desaniméis, la vida siempre ha sido una lucha. Estudiad. Aprended. Preparaos para el futuro. Porque el futuro sois vosotros.

Podemos sentirnos dichosos. Tenemos un planeta único en el Universo. Un milagro, una maravilla. Vivimos en un país lleno de sol, alegría y vida, con una riqueza cultural, paisajística y gastronómica excelente. Un país, que es para comérselo. Somos de La Mancha, conocida a nivel mundial gracias a nuestro Miguel de Cervantes y habitamos aquí en La Guardia, un pueblo con buena gente, tranquilo, acogedor, situado en el centro de España, cerca de la capital y bien comunicado.

Para cada uno, su pueblo, es el mejor. Es el lugar donde hemos vivido, y del que guardamos un montón de recuerdos. En los pueblos todos nos conocemos. Sabemos cómo es cada uno. Nos une el pasado, la tierra, la familia y nuestro destino común.

Aprovecho esta ocasión para trasladar mi más sincero agradecimiento y reconocimiento a todas aquellas personas y asociaciones que de una u otra forma trabajan por el bien de nuestro pueblo.

Y qué decir de nuestro más preciado tesoro, ¡Nuestro Santo Niño!, el nexo que nos une a todos por encima de todo. Nuestro poema

vestido de cielo. Contemplando su cuerpecito de niño y su carita nos invade la emoción y la ternura.

Mi enhorabuena a la reina, damas, mantenedor y familiares del año pasado y de éste.

El sábado pasado, al terminar las actuaciones de las bandas de cornetas, hubo un arranque espontáneo de música, baile y buen rollo que nos contagió a todos. Da gusto ver a la gente con ganas de fiesta y de pasarlo bien. Todo está dispuesto y preparado. Tenemos por delante un programa muy variado, con numerosos actos de todo tipo y exposiciones. Participad con entusiasmo y divertíos sanamente.

Como dice la canción: ***“Oye, abre tus ojos, mira hacia arriba, disfruta las cosas buenas que tiene la vida”***.

Termino diciendo, que una vez oí decir a mi madre en sus últimos días, cuando iba a cumplir noventa años, que le había parecido la vida como si hubiera sido un sueño. A veces, todo, nos parece un sueño. ¡Puestos a soñar, yo sueño que estoy aquí, esta noche, pregonando este año Las Fiestas!

Deseo de todo corazón, que todos y cada uno de nosotros: ¡Soñemos nuestra vida, vivamos nuestro sueño!

¡FELICES FIESTAS 2016!

¡FELIZ VIDA!

¡VIVA EL SANTO NIÑO!

¡VIVA LA GUARDIA!

Jesús Manuel García-Serrano Cabiedas.